

N E C R O L O G I A

D. VALENTIN CARDIEL MERINO

Cuartillas leídas en la velada necrológica celebrada en el Centro Segoviano de Madrid, el 10 de marzo de 1966.

Hoy es en esta nuestra casa solariega, como días atrás lo fué en el Colegio de Médicos, convocados por la Sociedad Española de Estomatología, que nos congregamos con profunda tristeza para evocar a nuestro querido y llorado Valentin Cardiel, rindiendo tributo a su memoria.

Al trasponer los umbrales del Centro, al pisar en la sala de juntas, al entrar en este salón, a todos nos invade una sensación de vacío. ¡Nos falta Cardiel! Ya no vemos aquí al amigo, al caballero—estampa de hidalgo castellano—. Ya no oímos su palabra sonora, cálida, cordial. Parece que hasta el aire se hubiera enrarecido, cargado como está de pena y de recuerdos.

La vida y la personalidad del que durante muchos años fué presidente de este Centro, ofreció múltiples facetas y en todas destacó su figura prócer: Cardiel estudiante, Cardiel médico rural, Cardiel estomatólogo, Cardiel símbolo de caballero sin tacha y de amigo ejemplar, Cardiel conferenciante, conocedor de historias y leyendas. Y, sobre todo ¡Cardiel segoviano!

De su iniciación estudiantil en la infancia, el ilustre Marqués de Lozoya, condiscipulo suyo, allá por los años 1902 a 1908, en el Instituto de Segovia, comentaba a menudo anécdotas de cuando llegaban todos los días montados a caballo dos chavales—los dos hermanos, Valentin y Mariano—que acudían desde Valseca, el pueblo donde vivía y ejercía el padre, médico muy estimado en la comarca.

¡Viejo Instituto de Segovia! Edificio clásico. Aulas sencillas. Pasillos donde el corretear de los muchachos hacía retemblar los pisos de madera. Y, entre clase y clase, libros a un lado, alegre gritaría en los jardines, peleas con bolas de nieve, entrete-

nimientos de la bigarda, del guá, de las buenas mayas, y alguna escapada a la plaza inmediata para saborear los crujientes barquillos, los sabrosos churros y los dulces caramelos. O para apuntar audacias trepando a los primeros arcos del Acueducto.

Concluidas las clases, Valentín y Mariano subían de nuevo a su cabalgadura para regresar al pueblo, donde les aguardaban las enseñanzas y los consejos del padre y a la par maestro, y los cuidados y mimos de la madre, esa bondadosa doña Lorenza, que aún vive y que a los noventa y siete años, conservando toda la lucidez de su clara inteligencia, ha sufrido el dolor desgarrador de la pérdida del hijo.

Luego vendría la etapa de estudiante de Medicina, aquí en Madrid, en el caserón de San Carlos, ese que ahora, al clausurarse, reemplazado por la moderna Facultad en la Ciudad Universitaria, deja posos de nostalgia y de remembranzas en los que por allí hemos pasado. De los profesores de entonces, tenemos aquí para gloria nuestra, al doctor Hernando, quien con lágrimas furtivas como el día que presidió la sesión necrológica en la Sociedad de Estomatología, nos hablara del que fué su discípulo, paisano y amigo entrañable.

Era proverbial la simpatía, la jovialidad y el gracejo que derrochaba Cardiel en sus años mozos. En el curso, despuntaban por sus aficiones literarias Blanco Soler, Cardiel y Cruz Picatoste. Este último ha compuesto un sentido soneto, bellissimo de forma y de fondo. No se si el autor estará aquí. Si estuviera, yo le invito a que al final de la sesión lo lea él mismo. Si no, me permitiréis que le lea yo para borrar con su poesía la torpe prosa de mis palabras.

En cuanto acabó la carrera, Cardiel, con su título flamante fué a establecerse, lleno de entusiasmo, a un pueblo segoviano. Ejerció en Valverde y en Hontoria. Si de algo se enorgullece, era de su cualidad de médico rural, del clásico médico rural de principios de siglo: figura de franciscano enfundado en su capote de monte, a caballo por vericuetos intransitables, con nieve y con lluvia, con frío de hielo o con sol abrasador, para atender al niño que nace, al trabajador del campo que necesita salud y fortaleza para hincar el arado en la tierra y arrancarla el pan de cada día—el suyo y el nuestro—, al anciano que desfallece y

para quien una frase alentadora y cariñosa es la mejor medicina. Labor difícil y penosa. Todo por sí propio, sin ayudas ajenas, con medios improvisados, sin laboratorios, sin rayos X, sin otros recursos que la voluntad, la inteligencia y el corazón. Valentín Cardiel sabía hacerlo. No era solo el clínico solícito, médico y consejero de las familias, sino el sanitario integral que se esforzaba por superar las condiciones de vida del pueblo, luchando contra la ignorancia y consiguiendo cuantas mejoras podía en comunicaciones, traídas de agua, etc., etc. ¿Qué de extraño tiene que le adoraran los vecinos? Y, así, en su casa queda un artístico pergamino en que Valverde le nombra hijo adoptivo, y en el pueblo queda una calle que se llama de Valentín Cardiel.

Hubiera deseado seguir siendo siempre médico rural. Hasta llegó a decir que en su esquela de defunción no figurara título ni distinción alguna, si acaso eso: médico rural. Nada más, ni nada menos. Médico rural como lo fuera su padre en Valseca. Médico rural como lo fuera su hermano en Roda. También lo fué en Torreadrada, don Pedro Hernando, el padre de don Teófilo, y don Teófilo mismo. Y por si pareciera poco, médico rural como así mismo lo fuese en La Granja el padre de la que había de ser la esposa, su dulce y abnegada Guadalupe. Igual que Gabriel y Galán podía decirse que «buscó una mujer como su madre—entre las hijas de su hidalga tierra—. Un milagro de Dios que hallar le hizo—otra mujer como la santa aquella».

Recientemente se ha erigido en tierras de Guadalajara un monumento al médico rural. Yo hubiera preferido que ese monumento estuviera en tierras de Segovia y que el escultor hubiera tomado por modelo a nuestro Valentín Cardiel, símbolo y figura.

En el campo de la ciencia y el arte de la Estomatología, el apellido Cardiel es expresión de una extirpe de especialistas prestigiosos: Mariano, Valentín, Laurentino (ya fallecido) y ahora Mariano el joven, continuador de la dinastía.

Recien creada la Escuela oficial de esta disciplina, Valentín no vaciló en matricularse el primero, cuando ya contaba cincuenta y un años. Y con su medio siglo auestas, se le veía ir a pie camino de la Ciudad Universitaria, como si fuera un mu-

chacho. Sus conocimientos y su autoridad motivaban que los noveles condiscípulos le tomaran por un profesor. Pero él logró infundirles que no era sino un alumno más, mostrándose como él era: humilde, jovial y sincero. Enseguida se ganó—¿cómo no?—el afecto y la consideración de los maestros y de los compañeros de promoción, la primera promoción de médicos especialistas estomatólogos, la cual, por acuerdo unánime se habría de denominar en lo sucesivo y para siempre «Promoción Cardiel». Y en un homenaje, le ofrecieron una placa de plata con los nombres grabados de todos los que con él asistieron a las aulas. Poco después sería elegido nada menos que Presidente de la Sociedad Española de Estomatología, cargo que ha desempeñado hasta su muerte. En la velada necrológica que la Sociedad le ha dedicado, quedó bien patente cuanto se le quería y admiraba por sus virtudes humanas, sus aportaciones científicas, sus afanes por dignificar la profesión y sus anhelos de fraternidad entre todos los colegas.

Pero de todas las características de Cardiel, la más destacada, la más personal—ya lo hemos oído con vehemente elocuencia de labios de Horcajo—, era su segovianismo. Amaba a Segovia con pasión. Y en Segovia, tanto en la ciudad como en los pueblos, era conocido y querido por todos. Siendo diputado, al lado de otro médico y benefactor segoviano, el doctor Gila, presidente a la sazón de la Diputación, contribuyó intensa y eficazmente a la prosperidad y el progreso de la provincia. Sin partidismos políticos, supo enaltecer a la patria chica, que es un modo de honrar a la patria grande.

El día que los Cardiel decidieron establecerse en Madrid, fué como si les arrancaran pedazos del corazón. No, ellos nunca desertarían de Segovia, a la que permanecen vinculados por intereses y afectos. Es que, además, aunque ellos no estén en Segovia, Segovia está dentro de ellos, la llevan dentro de sí. Valentín, en cualquier momento y con cualquier motivo, halla oportunidad para cantar las bellezas de la ciudad, el Acueducto, el Alcázar, la Catedral, los templos románicos, los palacios señoriales, las calles y las plazas, que forman un conjunto inigualable. Y se extasia describiendo la variedad de los paisajes: sierra majestuosa, laderas de la «Mujer Muerta» que al atarde-

cer toman tintes de violeta, tierras de labor, parameras, pinares, valles agrestes del Eresma. Y se deleita hablando de los monasterios y castillos que envejecen en nuestro suelo, aderezando su charla con comentarios históricos de su fundación y de los hechos de armas que alrededor de ellos han tenido lugar.

Sabe Valentín de héroes, sabios y santos, que han nacido o han tenido relación con Segovia. Y sabe de heráldica segoviana. Y ensalza las virtudes de tantos sufridos y humildes trabajadores segovianos anónimos que triunfan o que mueren sin pena ni gloria.

Conoce el carácter de las gentes y el encanto de las cosas. Sin pretenderlo, hace poesía de los labradores en la era o de los pastores en la majada. Le gustan los festejos populares, las bulliciosas romerías, las piadosas procesiones. Le encantan las artes antiguas y modernas, los cobres, las cerámicas, las pinturas, las esculturas, las labores rústicas, los bordados y los trajes de artesanía. Se solaza con crónicas y romances o refiriendo leyendas y tradiciones, cuando no gestas heroicas de nuestros antepasados.

Conservador ameno, historiador, narrador de aventuras, Cardiel centraba la atención de cuantos le escuchaban, difundiendo y acrecentando el amor a Segovia.

¿Qué podría yo decir aquí que no esté en el ánimo de todos de Cardiel como Presidente del Centro durante los largos años de su mandato, como Consejero y Presidente de Honor después, galardonado con la Medalla de Oro, que sólo nuestra Virgen de la Fuencisla y él han podido ostentar?

Nuestro actual e ilustre Presidente, segoviano de excepción y gran amigo de Cardiel, el Marqués de Lozoya, que sobre sus títulos nobiliarios y académicos suma como timbre de honor el que en realidad él nos depara al ocupar el cargo, rendirá sentida y elocuentemente el tributo que esta Casa debe a la memoria de Cardiel. Yo me permito proponer que en la lista de socios siga figurando «Valentín Cardiel, Presidente de Honor», para que su espíritu permanezca vivo y perenne entre nosotros.

De Cardiel en la intimidad ¡cuántos recuerdos me quedan! Aún se me representa en aquel rincón acogedor de su casa donde se apilan libros selectos de Medicina, de Literatura, de Arte,

de Historia. Conservaba como joyas, algunos ejemplares dignos de museo, sobre todo, una edición antigua del Quijote y una vieja y apergaminada Historia de Segovia por Diego Colmenares, que casi se la sabía de memoria. Al pasar las páginas parecía que las acariciaba.

Su gozo era leer y charlar con los amigos, cuando no recluirse en la paz de un monasterio—Guadalupe, Silos, Guardamuros—para meditar y, eso sí, dialogar con los frailes y bucear en sus bibliotecas.

En el declinar de su existencia, en el «desnacer» que él decía tomando una frase del malogrado César González Ruano, cuando apenas le quedaba un hálito de vida—y eso gracias a la sangre prestada que se le infundía en las venas—, su figura se estilizaba y espiritualizaba, como un caballero del Greco; pero su temperamento se mantenía tenso y firme, hablaba con aplomo y energía, y esperaba su fin con una serenidad magnífica.

Vino a verle un sacerdote. Confesó en el lecho y llegado el momento sublime de darle la Comunión, se incorporó súbitamente, exclamando:

«—A Dios, en Castilla. se le recibe de rodillas.»

Y, en efecto, se hincó de rodillas en el suelo, de donde fue preciso levantarle, pues ya no tenía fuerzas para sostenerse.

Entregó su alma a Dios justamente el día que los estomatólogos dedican a su Patrona Santa Apolonia. Esta le tendería una mano para guiarle hacia las mansiones eternas a donde van a parar los hombres buenos.

Y allá le habrá salido al encuentro Nuestra Señora de la Fuencisla, con la Medalla de Oro del Centro prendida en el manto, sonriéndole.

Mario Esteban

N. de la R.—Don Valentín Cardiel Merino, falleció en Madrid el 9 de febrero de 1966. La Sociedad Española de Estomatología, de la que fué presidente, le dedicó una sesión necrológica el 25 del mismo mes y año, en la que tomaron parte los

doctores Gilsanz (V.), Gómez Jara, Esteban, López Viejo, Áreses, Mallol de la Riva, Olalla, Campos y Hernando (don Teófilo), que presidió, así como don Mariano Cardiel, hermano de don Valentín, que dió las gracias a los oradores. En la del Centro Segoviano intervinieron, además del doctor Esteban, don Antonio Horcajo, el P. Tomás Zamarriego, don Teófilo Hernando y el Marqués de Lozoya, que presidió el acto, y don Felipe de la Cruz Picatoste, que leyó el siguiente soneto.

A VALENTIN CARDIEL MERINO
(Con motivo de su muerte)

Descansa en paz, querido compañero,
de honradez y bondad muestra y espejo,
hombre cabal, hidalgo y caballero,
cual corresponde a un castellano viejo.
Tu patria chica fué segunda novia
a la que siempre amastes con pasión,
pues la vida y milagros de Segovia
ocuparon tu mente y corazón.
Que esa patria a que vas eternamente
colme de paz y amor tu alma sencilla,
y como hiciste aquí bajas la frente
y doblegues contrito la rodilla,
¡que así recibe a Dios humildemente
un noble caballero de Castilla!